

Último domingo de Agosto. Las fiestas y los cuerpos ya llegan a su fin. Después de los desfiles, los almuerzos, los disfraces y cohetes, parece que un año más todo va a acabar ya.

Pero no, falta un acto, el más grande y espectacular, el que llevamos esperando desde hace un año, nuestra querida Cordà.

El día ha empezado bien, de hecho no lo puede hacer mejor. Junto a otros tantos locos como yo, hemos llenado todos y cada uno de los cajones que en unas horas quemaremos. En este ritual se aprecia en todos una risa nerviosa, ilusión por lo que hacemos y cierta responsabilidad. Esta noche, un tirador abrirá ese cajón que acabo de preparar y necesita que todo esté de la mejor manera posible. De hecho, este cajón que estoy llenando con docenas y docenas de cohetes, podría ser el mío, y esta femellita que dejo justo la primera, será la que inaugure todos y cada uno de los vuelos de fuego que hoy me rodearán.

El día pasa rápido, a veces demasiado, últimas revisiones a la bolsa de la ropa, ¿siempre parece que falta algo, verdad? Y a la Comparsa, a la Peña, a la casa donde te has cambiado siempre y esta noche también lo harás.

Allí me cambiaré con mis amigos, y es que hemos quedado para cenar... y siempre lo mismo ¿eh? Vamos llegando, dejas la bolsa, luego está el que necesita 8 sillas, el que llega y lo deja todo preparadito, el que llega y vuelca directamente la bolsa... el que la lleva la entiende.

Y justo ahí, el jaleo de todos los años. Después de 20 años, todavía hay quien pregunta....

- ¿A qué hora es el pasacalles?

Y más te vale tener un libro de fiestas cerca porque si no...

- A las diez y media.
- No, a las diez y media es la bendición, el pasacalles empieza a las once de toda la vida de Dios.
- Este año lo han atrasado.
- Atrasado tú, toda la vida a las diez y media y la bendición 10 minutos antes.

Total, que media hora después alguien por fin encuentra un libro y al final todo arreglado.

- Ale pues, cenar y rápido que este año nos coge el toro.
- ¿Pero alguien ha ido a por cohetes?
- Tú seguro que no...

Ya cenando, algunos más nerviosos, empiezan a vestirse para el pasacalles. No faltan en la mesa las olivas, los cacaos, bocatas, ensaladas, cerveza, café y cazalla. Un glopet només, para entonarse...

Explotan risas e historias de otros años, momentos vividos que con el paso del tiempo han ido creciendo para pasar de la anécdota a la epopeya. Quemados, cajones que explotan. Situaciones en fin, que unen de una forma u otra a todos los infectados por está sana locura del fuego.

Este día además, suele ser un día de invitados. Seguro que en tu local hay también esa suerte de espectador que no da crédito a las historias que escucha, a lo que le contamos, a la vestimenta que no entiende como somos capaces de ponernos tanta y tan poca ropa a la vez. Tanta por la calor, tan poca por el fuego. Seguro que más de uno de estos "forasteros", se ha probado tu careta y le has dicho: Hasta que no lo vivas, no sabrás lo que es estar en la calle Mayor el último domingo de Agosto.

En cierto modo, te sientes importante y afortunado a la vez. Importante porque sabes que para esa persona, eres una especie de Guerrero preparándose para una batalla.

Y afortunado porque lo has vivido, sabes lo que es, y lo mejor de todo, vas a volver a vivirlo....

Nos acabamos de vestir, y con el último refrigerio en la mano, cogemos los cajones y las tenazas y nos encaminamos todo el grupo a la plaza del pueblo. Todas las calles que allí desembocan bajan con riadas festivas de gente. Paterners i forasters con una sola cosa en la cabeza, el Fuego.

La plaza bulle y empiezas a ver grupos de amigos y conocidos, porque hay una cosa que no cambia, nadie va al pasacalles solo. Nuestro pasacalles se hace en familia o con amigos. Y vas saludando a todos esos grupos al paso, gente que has visto y saludado mil veces durante las fiestas. Pero el saludo, el beso, el abrazo, la mirada de esta noche no es la misma. Ese saludo, beso, abrazo o mirada de hoy, es el del que sabe que en ese preciso instante, en esa misma milésima de segundo, está sintiendo lo mismo que tú. Ese sentimiento de euforia, nervios, ansiedad, expectación, miedo, respeto y alegría que tan difícil es de explicar a quien no lo tiene dentro desde que nace y ve una Cordà de Paterna por primera vez.

Ya estamos en la plaza, cogemos sitio y otra "tradición".

- A ver, ¿quién hace qué?

- Yo llevo el cajón, pero en los cazadores lo cambio con alguien eh, no lo voy a llevar yo todo el camino....
- Yo saco cohetes.
- Yo los reparto.
- Yo tenazas y puro....

Y a esperar, esperar esas palabras y esa bendición que respeta hasta el más ateo. Porque hoy no se trata de religión, hoy se trata de fuego, de la Cordà y el Morenet.

Al momento el primer chasquido, la primera luz, el primer silbido, las primeras arruixàs y el primer bolo. Y justo ahí, justo en ese momento, ha empezado el pasacalles. Y con el, la mejor noche de nuestras vidas.

La calle del musical se convierte al momento en un arco iris, y las chispas son sin duda las monedas de oro que nos esperan al final del mismo.

El cuerpo se va acostumbrando al ruido, al calor, al olor y al humo. Sin duda se está preparando para lo que vendrá después. La mano se va haciendo a la fuerza del cohete, parada en los cazadores para refrescarnos y hacer cambio con el cajón, y al punto seguir quemando pólvora en una procesión que desearías que no acabara nunca.

Al paso vamos llegando todos a la plaza y fuera cohetes, que no quede ni uno. Foc, foc i foc. Tras el ultimo bolo y ver que estamos todos y estamos todos bien, de nuevo al “refugio” de cada uno y ahora sí, ahora ya no hay bromas.

Ahora me visto para la Cordà

El ritual de vestirse para la Cordà es muy personal. No hay dos personas que lo hagan de igual manera. Están los que lo hacen callados, como un torero a punto de su mejor faena, solo con uno mismo, pensando y pensando cada segundo en el fuego. Los hay también a los que los nervios no le dejan callar, en cada palabra va un poquito de ese miedo, del respeto, que todos tenemos en esos momentos.

Yo prefiero que no me molesten, a mi ritmo. Pero sabiendo que tengo cerca a todos. Que si en algún momento necesito ayuda, no va a pasar un segundo hasta que alguien se ofrezca a hacerlo.

La casa se llena de tiradores e invitados. Los primeros con su ritual personal, los segundos no perdiendo un detalle de lo que ven. Y seguro sintiendo que lo que están viendo y lo que está por llegar, es algo especial.

Los nervios se notan....

- ¿Dónde está mi número?
- A mí el dos piezas no me gusta, prefiero el mono entero.
- ¿Alguien ha traído precinto?
- ¡Me falta un guante!
- ¿Quién me ayuda con el mono?

Creo que no hay momento en todo el año en Paterna en el que se ayude tan rápidamente al que lo necesita. Si hay que mancharse poniendo precinto, pues se mancha uno. Hoy lo importante es la Cordà y quien la hace posible.

Ya estamos todos y salimos hacia la calle Mayor. Ese camino es el de los nervios, el de un año de espera, el de la ilusión porque ya va a empezar.

Nos juntamos todos, todos preparados. De nuevo los saludos, el suerte, el que vaya bien, el cuidado... Y por dentro pidiendo a quien cada uno quiera que no pase nada y que todos disfrutemos.

Se abre la puerta y podemos entrar al paraíso. Más nervios. Los primeros aplausos vienen de los balcones y ventanas que han tenido la suerte de vivir cada Cordà año tras año.

Buscas tu número, tu gente. Y buscas a esa persona que Cordà tras Cordà te ayuda con los guantes y la careta... Y ya estás solo, aislado, pero a la vez, te sientes arropado y unido a los que van a compartir ese momento contigo.

Pones los cajones al sitio, abres y cierras la trampilla para comprobar que todo está bien y te suben las pulsaciones, emoción....

Se apagan las luces de la calle y crece el rumor de la gente. Oyes a lo lejos la corneta, ánimos a todos, suerte... últimos choques de mano, últimas comprobaciones...

Último domingo de Agosto, una y media de la madrugada, Paterna, verde....

Ahora, a vivir.